



aclarar unos cuantos conceptos. El concepto «pensar»: pensar es el método por el cual el hombre se orienta en su circunstancia. El concepto «lengua»: lengua es todo sistema ordenado de signos. Restruendiendo: el hombre se orienta en su circunstancia por medio de sistemas ordenados de signos. Los signos designan algo. El algo que designan es, en último análisis, la circunstancia humana. Los signos pueden designar otros signos. Llamaré a tales signos que significan signos «nombres de clase». O los signos pueden designar algo que no es signo. A estos signos de significado primario los llamaré «nombres propios». El algo significado por los nombres propios no puede ser dicho. Si pudiese serlo, sería una signo. Ese algo puede ser apuntado con el dedo. Pero apuntar con el dedo es hacer un signo. El significado de los nombres propios es, pues, inaccesible al pensamiento. Esto es un límite de la lengua y del pensamiento. No podemos sobrepasar los nombres propios. No podemos alcanzar aquello que la filosofía tradicional llamada «realidad». Lengua y pensamiento son, pues, unas especies de mapas de la realidad, con los cuales se orienta el hombre sin poder saber jamás si los mapas son adecuados. Digo más: sin poder saber si existe algo a lo cual son adecuadas los mapas. La realidad es impensable, es tan sólo vivible. En este hecho se basan todos los problemas del conocimiento.

Hay diversas lenguas. Hay diversos sistemas que constan de diversos signos y que ordenan tales signos según reglas diversas. No podemos decir cuál de los sistemas es el mejor, ya que ignoran aquello que significan. Por la misma razón, carece de sentido afirmar que todos los sistemas significan la misma realidad. Por ejemplo, carece de significado preguntar si el sistema de la música es mejor que el de las matemáticas. Este ejemplo nos tienta a afirmar que ambos significan realidades diferentes. Pero esto sería tan carente de sentido como la afirmación de que significan la misma realidad. Y nótese que existen traducciones entre todos los sistemas. Las partituras musicales pueden ser notadas matemáticamente. Podemos hablar de la armonía de las oraciones, de la matemática. Igual sin sentido sería hablar de la superioridad de la lengua española sobre la lengua kwakwiltl. Aquí, sin embargo, surge un problema. Las lenguas europeas, y otras, participan todas de la misma estructura. Constan, en verdad, de signos diferentes (palabras diferentes) pero ordenan dichos signos según reglas semejantes. Nos-

otros, que hablamos este tipo de lenguas, creemos que estas reglas reflejan, de una u otra forma, las relaciones de la realidad. La oración «Juan ama a María» tiene la estructura de la oración «John loves Mary» y de la oración «Hans liebt Marie», y esto nos hace creer que el sentido de las tres oraciones es el mismo, o sea, una relación objetiva. En esta supuesta relación objetiva, los objetos estarían relacionados entre sí como lo están los signos de las tres oraciones propuestas. Creemos también que las oraciones son verdaderas si, y solamente si, los objetos se relacionan como los signos y que, de otro modo, las tres oraciones son falsas. Creemos, pues, que las reglas de las lenguas europeas reflejan de alguna forma las relaciones de la realidad. Pero una breve consideración evidenciará la ingenuidad de semejante creencia. 1) Las lenguas europeas obedecen a reglas semejantes, pero no rigurosamente iguales. Por ejemplo, digo, en castellano «tengo un libro», pero en ruso «comnigo libro», y en hebreo «para mi libro». En estas oraciones se relacionan de maneras diferentes, pero su sentido es el mismo. ¿Cómo, pues, están relacionados los objetos que las tres oraciones expresan? 2) Hay lenguas de estructuras completamente diferentes. En lenguas como el tupí y el chino, los signos poseen otro tipo de significado, ya que aquellas lenguas no forman propiamente oraciones y no establecen relaciones objetivas. ¿Carecerán de sentido aquellas lenguas, como debería suceder, si nuestras reglas reflejan la realidad? Pero si admito, como debo admitir, que el castellano no tiene preferencia ante el tupí, por no ser preferentes nuestras reglas, debo admitir también que nuestro tipo de conocimiento no es preferible al tipo de conocimiento del tupí. Admitir esto es sumamente incómodo. Nuestras reglas son lógicas y dan por resultado, cuando son aplicadas rigurosamente, la ciencia exacta. Las reglas tupíes no son lógicas en nuestro sentido del término. Si admito la equivalencia de ambas, niego el método científico como método preferente de conocimiento. Pero la ciencia funciona extremadamente bien, y mejor—por lo menos aparentemente—que cualquier método tupí. Tal vez sea esta afirmación mía el resultado de mi apasionamiento en las lenguas europeas y quizá sería contradictorio por un indígena brasileño. De todas formas, quiero admitir el problema al que no veo fácil salida.

Vuelvo al tema. Como existen diferentes lenguas, diferentes sis-

temas ordenados de signos, debo limitarme a uno solo si quiero analizar el pensamiento en una conferencia como ésta. Limitaré la discusión a las lenguas europeas. Estas lenguas constan de oraciones. Hay oraciones con sentido y oraciones sin sentido. Una oración tiene sentido si ordena sus signos de acuerdo con las reglas de la lengua. La oración «Madrid está en el Brasil» tiene sentido porque ordena signos castellanos de acuerdo con reglas castellanas, y de forma correcta. La oración «Madrid está en la ciudad» no tiene sentido porque el signo español «ciudad» no es aplicado de acuerdo con las reglas de la lengua. La oración «Madrid está en grrr» no tiene sentido porque «grrr» no es un signo castellano. La oración «Madrid está en el Brasil», que tiene sentido, puede ser correcta o falsa. No es evidente si es lo uno o lo otro. Sólo el contexto pone en evidencia la gratitud o la falsedad. Si el contexto define al Brasil como un país de Iberia, la oración es correcta. El contexto que pone en evidencia la veracidad y la falsedad de las oraciones depende, en último análisis, de convenciones llamadas «definiciones». Por ser estas definiciones inconscientes, las tomamos por observaciones. La veracidad y la falsedad dependen de convenciones inconscientes llamadas «observaciones».

Las oraciones de las lenguas europeas se componen de signos llamados «palabras». Los signos no tienen sentido ni carecen de sentido. El sentido surge únicamente en el conjunto de la oración. Pero los signos (las palabras) tienen significado o carecen de significado. Una palabra tiene significado cuando se da en, por lo menos, una oración con sentido. Una palabra carece de significado si no hay ninguna oración con sentido en la cual se dé esa palabra. Si una palabra significa otra palabra, llamaré a la oración en la cual se da «oración teórica». Por ejemplo: la palabra «mamífero» significa palabras como «gato». La oración «el gato es un mamífero» es una oración teórica. Es teórica porque su sentido es otra oración. Hay oraciones en las cuales se dan tan sólo palabras que no significan otras palabras. Por ejemplo «esto está aquí ahora». Llamaré a estas oraciones «oraciones observacionales». Volviendo a la nomenclatura que ya expuse: en las oraciones observacionales se dan tan sólo nombres propios; en las oraciones teóricas aparecen también nombres de clase. El sentido de las oraciones observacionales es indecible. Si no lo fuese, sería otra oración, y la primera sería

teórica. Nuestras lenguas tienen dos estratos de sentido: el teórico y el observacional. Esto es lo que caracteriza a nuestras lenguas.

Una oración con sentido informa o no informa. La información de la oración no depende de ella misma. Depende de aquel que la oye en la conversación. Para poder informar, la oración debe contener signos ya contenidos en el receptor y debe ser ordenada mediante reglas ya establecidas en el receptor. Una oración con sentido en castellano no informa a un indígena tupí. Diré que la oración castellana no está en el programa del indígena. Para el indígena la oración castellana es un ruido. Pero la oración con sentido deja también de informar si está enteramente instalada en el receptor. Por ejemplo: la oración «2 — 1 = 1» no me informa porque ya está instalada en mí. Diré que figura en mi repertorio. La oración es redundante para mí. En consecuencia, una oración con sentido sólo informa si está en el programa pero no en el repertorio de quien la recibe.

El problema de la comunicación, de la transmisión de informaciones por medio de oraciones con sentido, parece, pues, ser fácil. Instalaré en el emisor y en el receptor el mismo programa y daré al emisor un repertorio mayor, con lo que habré resuelto el problema. De esta manera, recibirá el receptor informaciones del emisor hasta que los dos repertorios se igualen. Pero, de hecho, la realidad de la comunicación es completamente diferente. Es verdad que las lenguas programan a todos de la misma manera. Todos los que hablan castellano participan del mismo programa, de modo que quien habla sólo castellano sólo puede recibir informaciones en castellano y rechaza todo lo demás como ruido. Pero la lengua castellana es un programa imperfecto. Contiene redundancias y ruidos. Ejemplo de las redundancias: si digo «buenos días» o «uenos días», la información que recibo es la misma. La «b» de la primera oración es redundante. Ejemplo de ruidos: si toso entre «buenos» y «días» la información continúa siendo la misma. El ruido no ha perturbado la oración. El ruido no perturba la información gracias a las redundancias contenidas. Hay lenguas no redundantes; por ejemplo, la lengua de la lista telefónica. Si omito un sólo número, pierdo la información y no puedo conectar con quien deseo. Por esto, todo ruido perturba la información. Si un sólo número es impreso equivocadamente, no puedo conectar con

quien desee. En resumen: la lengua española es un programa lleno de redundancias y ruidos y la información de sus oraciones con sentido se produce en el campo existente entre estos dos extremos.

Esta circunstancia permite a quien está programado por el castellano, que aprenda de la siguiente manera: una oración con sentido consta de signos significativos; esta oración me informa, si poseo en mi programa estos signos pero informa también si sólo poseo parte de estos signos. Los signos que no poseo serán ruido para mí pero continuaré recibiendo la información gracias a las redundancias de los signos que poseo. Dentro de la información que recibo, los ruidos adquieren significado repentinamente mediante un salto cualitativo. Capto dichos signos. En este caso, la información no aumenta solamente mi repertorio, sino también mi programa. Y, en la base del programa aumentado, puedo aumentar mi repertorio geométricamente. He ampliado así el campo de lo decible. Puedo, pues, decir ahora que una oración me informa tanto más cuanto más ruido contiene, hasta el punto en el cual ese ruido perturba completamente la información transmitida. En este punto, toda la oración se transforma, mediante un salto cualitativo, en ruido. El ideal de la información es una oración con sentido que contenga el máximo posible de ruido y el mínimo necesario de redundancia. Pero, en este punto del razonamiento, debo considerar de nuevo el punto de partida.

Dije ser una oración carente de sentido la que contiene signos sin significado. Por lo tanto, la que contiene ruidos. Y dije que hay oraciones teóricas y observacionales. Debo ahora formular de nuevo lo dicho. Debo decir que el sentido de una oración es relativo. Está relacionado con la redundancia contenida. Puedo obligar a una oración sin sentido a adquirir sentido si la hago suficientemente redundante. En otras palabras: puedo crear nuevas palabras y nuevas reglas, siempre que las inserte en palabras y reglas redundantes. Y creo, con estas palabras, haber definido la poesía.

La poesía es el esfuerzo consciente (o no) por forzar ruidos dentro de las redundancias con el fin de forzar nuevos sentidos. La poesía es un enriquecimiento de la lengua porque, al crear nuevas palabras (ruidos), ensancha el campo de las oraciones con sentido. La poesía es un dar sentido (incluso en el uso husserliano del tér-

mino). La poesía es la actividad que abre el campo a pensamientos nuevos. La poesía es el relajamiento de la red lingüística para permitir que reciba ruidos. Poesía es apertura.

Lo dicho se refiere a toda especie de lengua, incluso a la pintura, a la música, a las matemáticas, a la lógica pura. En todos estos campos hay poesía. Restringiré lo dicho a la poesía en sentido estricto. Por lo tanto, a la lengua en sentido estricto. La poesía es, pues, en este campo, el relajamiento de la lengua hablada y escrita con objeto de permitir la penetración de ruidos. El deber de la poesía es tornar decible lo hasta entonces indecible. Es dar sentido a aquello que hasta ahora no tenía sentido. Es la apertura a lo absurdo para convertirlo en significativo. Es el esfuerzo por ofrecer un campo a lo absurdo con objeto de incorporarlo. Por esto es la poesía simultáneamente tradicional y revolucionaria, conservadora y reformadora: mediante la redundancia, conserva; mediante el ruido, reforma. Y si la poesía consigue esa síntesis creadora, es, a mi modo de ver, la actividad más noble y más creadora del hombre. Y es esto porque es el único método de relajar la prisión lingüística en la que todos nos encontramos.

Pero la poesía sólo puede darse en el estrato observacional de la lengua. En el estrato concreto. Forma oraciones que sólo constan de nombres propios. Pues el sentido de las oraciones teóricas son otras oraciones y el sentido de las oraciones poéticas no pueden ser otras oraciones. Porque si lo fuesen no sería nuevo el sentido de estas oraciones, y no serían poesía. Por esto, en el fondo, la poesía sólo crea nombres propios. Da nombre a lo que no tenía nombre. Nombra lo innombrable. Llama a lo innombrable. Los nombres que la poesía da a lo innombrable penetran en el estrato observacional de la lengua. Gracias a la poesía, aumenta la observación, y solamente gracias a ella. El estrato observacional es el sentido de la teoría. Por lo tanto, al crear nuevos nombres propios, la poesía da sentido a la teoría. Este es el límite de la lengua: el sentido de las oraciones teóricas son las oraciones observacionales y el sentido de las oraciones observacionales tropieza en lo indecible. En el lugar exacto de este choque están los poetas. Los poetas están en el límite de la lengua para darle sentido.

El hecho de ser la poesía sólo observacional es su severa limitación. Porque únicamente las oraciones teóricas pueden propagar

La conversación hacia la satisfacción del argumento. Las oraciones observacionales no progresan. Tan sólo llaman. En el salto de la observación a la teoría (un salto muy problemático desde un punto de vista formal) adquiere la lengua su carácter discursivo. La teoría no llama, discurre. El poeta no discurre, llama. Para poder ser discursiva, para poder progresar, la poesía debe ser teorizada. La teorización de la poesía es posible mediante la traducción de los nombres propios en nombres comunes o de clase. Esta traducción, llamada «inducción», es negada formalmente como método válido por toda una corriente de lógica formal y por toda una corriente del existencialismo. Pero, de hecho, existe. Existe en la ciencia como hipótesis operante. Y existe en el arte como crítica de arte.

La traducción de los nombres propios poéticos a nombres de clases teóricas es una crítica de aquellos nombres. Crítica en sentido de criterio aplicable y crítica en sentido de crisis. Mediante la traducción es criticado el nombre propio porque le es aplicado un criterio de adaptabilidad. La crítica busca un criterio por medio del cual el nombre propio poético pueda ser encuadrado en la conversación general, que es teórica y discursiva. Y mediante la traducción el nombre propio poético entra en crisis porque debe conservar su significado al nivel teórico y prosaico de la conversación discursiva. El papel del crítico es, pues, doble: el poeta habla en dirección al crítico y es al crítico al que sus frases informan. Y es un error creer que el poeta habla en dirección a la conversación general, como piensan ciertos poetas comprometidos. Pero, para la conversación general, es el crítico la puerta de entrada de la poesía. La conversación general no recibe la poesía directamente, sino tan sólo después de haber atravesado la criba de la crítica, que es crisis y criterio aplicado. Por esto, no toda la poesía llega al discurso. Sólo aquella que ha pasado por la crítica llega a él. Por esto es la crítica el instrumento de defensa de la lengua, del mismo modo que la poesía es su boca. La crítica permite a la lengua el ser enriquecida por la poesía, pero trata de defender su trama para que no sea desgarrada por los ruidos de la poesía.

En resumen, diré lo siguiente: creo que no somos completamente uno computadores. Somos completamente programados por nuestras lenguas como lo son los computadores por las suyas. Pero, gracias a nuestros poetas, podemos absorber ruidos que no son del

tipo de los ruidos de los computadores. Nuestros ruidos son nombres de lo hasta entonces innombrable. Es verdad que es muy problemático lo que el poeta hace, y mucho más todavía lo que hace el crítico, pero es en esto en lo que nos distinguimos de los computadores. Esta es nuestra dignidad. Somos seres abiertos hacia lo indecible. Le damos nombres. Todavía no hemos sido completamente cosificados.